

ción para todo el ejército que uno de sus principales jefes sea ejecutado. Es ya preciso probar lo que debe hacerse; por eso, el que quiera atemperarse á lo que reclama la justicia, que lo haga, y la venganza pública (1) caiga sobre los contumaces, porque mas vale que mueran éstos antes que caiga la ira de Dios sobre todo el país, que no tiene culpa.»

»A esto contestaron los caudillos: «¡Nadie puede glorificar bastante tu bondad magnánima, oh rey, ni tu gran temor de Dios, tu cariño á las iglesias, tu respeto á los obispos, tu caridad para con los pobres ni tu liberalidad para con los indigentes! Pero dí, señor glorioso, ¿reconocen todos la verdad de lo que dices? Dí ¿qué podemos hacer cuando todo el pueblo está corrompido y todos se recrean en hacer mal? Nadie teme al rey; nadie obedece al caudillo ni al gobernador; y si los jefes tratan de poner correctivo á este mal para que Dios les dé larga vida (en recompensa), al instante se amotina y subleva el pueblo; y tan rápidamente se extiende el coraje contra los jefes que éstos apenas tienen ni probabilidad de escaparse si no callan y dejan hacer á tiempo.»

El silencio de Gregorio permite creer que estaba enteramente conforme con estas razones de los caudillos; pero de todas sus obras resulta que si los francos de baja estofa eran feroces é ingobernables, no lo eran menos los poderosos, y no solamente en expediciones de guerra, porque en otras épocas eran domeñados por el clero, el rey y los poderosos, sino en todo tiempo; y este ejemplo de pillaje y de matanza seguían con verdadero furor aquellos mas pobres cuando se ofrecía la ocasión.

«El rey contestó: «El que se sujeta á lo que es justo que viva, pero que perezca el que obra contra lo que exige la justicia y desprecia nuestras órdenes, á fin de que no nos persiga mas tiempo la maldición de tales abominaciones.»

»Estaba todavía hablando, cuando llegó un mensajero y dijo: «Recaredo, el hijo de Leovigildo, ha salido de España; ha tomado la fortaleza de Caberet (2) en la comarca de Toulouse, ha destruido la mayor parte y se ha llevado la gente prisionera. Despues ha entrado en el castillo de Ugernum, en el país de Arles (3); se ha llevado todo el botín que ha encontrado juntamente con las personas, y se ha encerrado en la ciudad de Nimes.» Cuando esto oyó el rey, nombró á Leudigiselo caudillo de la fuerza de la Provenza arlesiana (4) en lugar de Calumnioso, por otro nombre Egila, y le dió orden de situar 4.000 hombres en la frontera. Al propio tiempo mandó á Nicecio, jefe de las fuerzas de Auvernia, que saliera con tropa al camino y formara un cordon en los confines de aquellos territorios.

»Entretanto vivía Fredegunda en la ciudad de Ruan, llena de rencor contra el obispo Pretextato, al cual dijo que volvería á ser proscrito otra vez, y el obispo le contestó: «Proscrito ó no, siempre he sido, soy y seré obispo, pero tú no disfrutarás siempre del poder real.» (Así lo dice Gregorio, y estas palabras, que las haya dicho Pretextato ó que Gregorio las haya puesto en su boca, expresan su sentimiento mas íntimo y el de todo el alto clero civilizado de su época.) «Saldré, dijo el obispo, de la proscripción para con la voluntad de Dios entrar en su reino celestial; pero tú serás precipitada de este reino (terrenal) al abismo (del infierno); mas valdría que renunciaras á tu vanidad y á tus maldades, y empezases mejor vida, renunciando á la soberbia, que te tiene siempre poseída, para que alcanzaras la vida eterna y

(1) La venganza de todos.

(2) Segun Lognou, porque Gregorio dice: *Caput Arietis Castrum*.

(3) Ya no existe, estaba cerca de Beaucaire, á orillas del Ródano.

(4) La Provenza estaba dividida en dos partes desde la muerte de Clotario I, como ya dijimos en su lugar: en la de Arles, que tocó á Gontran, y en la de Marsella, que pertenecía á la sazón á Childeberto.

podieses educar hasta su mayor edad al niño que ha salido de tus entrañas.» Así habló el obispo, pero la mujer lo oyó y se marchó encendida de cólera.»

No tardó mucho el valeroso obispo en recibir el fruto de estas nobles pero temerarias palabras.

«Llegó el día de la resurrección del Señor y muy temprano corrió el obispo á la iglesia para cumplir con su deber. Entonó las antífonas, y mientras (los coros) salmodiaban se sentó en un banquillo; entonces un feroz asesino sacó su cuchillo é hirió al obispo en el sobaco. Pretextato dió un grito llamando á su auxilio á los clérigos, pero ninguno de tantos como estaban allí acudió (por terror). Entonces extendió el obispo sus manos llenas de sangre sobre el altar, oró y dió gracias á Dios, y sus servidores le cogieron y llevaron á su dormitorio, donde le pusieron en el lecho. Allí llegó al instante Fredegunda con el caudillo Bepoleno y Ansoaldo y dijo: «¡Oh santo obispo, que esto haya tenido que suceder á mí y al resto de tu grey en el ejercicio de tus funciones! ¡Si por lo menos se descubriera quién se ha atrevido á cometer este crimen, para que recibiera el condigno castigo!» El obispo, que conocía su astucia, dijo: «¿Y quién ha hecho esto sino la misma mano que á tantas personas reales ha muerto, que ha vertido tanta sangre inocente y que tantos crímenes ha cometido en este país?» La mujer dijo: «Tengo médicos de gran experiencia que bien podrán curar estas heridas. Permite que te visiten.» El obispo le contestó: «Dios quiere sacarme ahora de este mundo; pero tú, que has resultado causante de todas estas abominaciones, serás maldecida siempre y Dios vengará mi sangre en tu cabeza.» Retiróse Fredegunda; el obispo dispuso sus asuntos y expiró.»

Así pagó, aunque tarde, aquel casamiento de Meroveo y Brunequilda que bendijo en Ruan.

«Para su entierro acudió el obispo Romacaro de Coutance. Grande fué la afición de todos los vecinos de Ruan, especialmente de los francos mas distinguidos, uno de los cuales se presentó á Fredegunda y le dijo: «Muchas son las iniquidades que has cometido, pero nada mas íncuo que mandar matar al obispo de Dios. ¡Quiera Dios vengar pronto la sangre inocente! Todos queremos indagar quién ha sido el causante de este crimen, para que en adelante nadie pueda ya cometer impunemente tamañas crueldades.» Dicho esto se retiró, pero la reina envió á alguien detrás de él para invitarle á comer; y no habiendo aceptado le hizo rogar que bebiese siquiera una copa, para que no saliera de la casa real sin tomar algo. El imprudente se detuvo, aceptó y vació una copa de ajenjo mezclado con vino y miel, como lo acostumbra los bárbaros (5). Esta bebida estaba envenenada; apenas hubo bebido sintió dolores violentos en el pecho, como si lo destrozasen con un instrumento cortante, y gritó á los suyos (para que no bebiesen): «¡Huid, desgraciados, de este monstruo para que no os mate como á mí!» Entonces no bebieron y se despidieron á toda prisa; el otro montó á caballo, pero pronto se le oscureció la vista y al tercer estadio (6) cayó y expiró.

»El obispo Leudovaldo (7) envió cartas á todos los obispos para consultarles sobre lo que procedía hacer, y hecha la consulta, cerró todas las iglesias de Ruan para suspender todo servicio divino hasta haberse descubierto, con el concurso de todos, el causante de este crimen. Además prendió

(5) No la bebida que se llama *aloja* y se componía de vino, miel y especias, y que adoptaron los francos de los romanos, prefiriendo por especia el ajenjo.

(6) La milla romana tenía 7'5 á 8 estadios, 1478 metros; un estadio era, pues, igual á 187 metros poco mas ó menos ó 125 pasos.

(7) Obispo de Bayeux. Obsérvese que casi todos los obispos son ya francos, y esto que la mayor parte se daban nombres griegos y latinos.

á varios, les sometió á la tortura y les hizo confesar que se había cometido á instigación de Fredegunda; pero como ella negaba, no se la pudo castigar. Tambien se dijo que se le habían (al obispo Leudovaldo) acercado asesinos porque se ocupaba con tanto celo en esta investigación; pero como estaba bien guardado por los suyos, nada pudieron hacer.»

El obispo, y mas siendo el de Bayeux, cuya silla venia por categoría inmediatamente despues de la metropolitana de Ruan, tenia, conforme á los antiguos cánones, el derecho de encargarse de la sede vacante y hasta de investigar crímenes atroces para imponer á los culpables las penas eclesiásticas. Tambien tenia probablemente el derecho de someter á los sospechosos á la tortura, pues entonces se prodigaba, como hemos visto en todas las narraciones de Gregorio, esta manera bárbara de sacar confesiones que ninguna confianza podían merecer. Todo este episodio demuestra por lo demás lo fundado de la fama de monstruo que tenia la reina Fredegunda.

«Cuando el rey Gontran se hubo informado del crimen y de que se acusaba á la reina de ser su autora, envió á su hijo que dicen serlo tambien de Chilperico, y que segun dijimos antes fué llamado Clotario, tres obispos, á saber: Artemio de Sens, Verano de Cavillon y Agreco de Troyes, á fin de que investigasen, en union con los maestros del niño, la persona autora de este crimen, para conducirla á su presencia. Los grandes, oída la explicación de los obispos, les contestaron: «Nos indignan estos hechos y tenemos vivísimo deseo de castigarlos, pero en lo que no podemos consentir es en que el que resultare culpable sea conducido ante vuestro rey. Nosotros mismos podemos evitar y castigar los agravios y delitos de los nuestros con la sanción de nuestro rey.» A esto replicaron los obispos: «Sabed, pues, que si no se presenta la persona autora del delito vendrá nuestro rey con su hueste y pasará á sangre y fuego todo este país, pues es público y notorio que la misma mano que mató al franco con veneno, ha guiado la espada que mató al obispo.» Sin haber recibido una contestación formal, se retiraron los obispos, diciendo sin embargo con insistencia que de ninguna manera podía ser obispo de la silla vacante Melancio, que había ocupado antes el puesto de Pretextato.

»Los turbulentos grandes, de los cuales muchos habían sido cómplices, cuando no iniciadores, en el asesinato de su rey Chilperico, ó á lo menos lo habían aplaudido para aprovechar el interregno y luego la menor edad de Clotario, impidieron el castigo de la infame reina Fredegunda, para no permitir al rey Gontran la menor ingerencia en su país. Por eso rechazaron decididamente las tentativas de protectorado y de tutela que este rey pretendió cautelosamente ejercer en los Estados del difunto Chilperico. Gontran, que parece el mas bondadoso de los merovingios, era evidentemente tambien el mas inteligente y el mas político de estos reyes; pero no era bastante brutal, solapado ni sanguinario para imponerse á los francos. En cambio, la Iglesia marchaba incesantemente adelante, sin dejarse detener por las divisiones de los bárbaros, gracias á su grandiosa y bien trabada organización interior, que á la larga le había de dar forzosamente la victoria sobre los invasores.

»Muchísimas fueron las iniquidades que se cometieron entonces. Domnola, hija del obispo Victorio, de Rennes, viuda del difunto Burgolino, que se había casado en segundas nupcias con Nectario, tuvo una disputa con Boboleno, canciller de Fredegunda, con motivo de unas viñas. Supo Boboleno que la mujer se había trasladado al sitio donde se hallaban situadas estas viñas, é inmediatamente le mandó á decir con amenazas que no se atreviera á entrar en posesión de aquella finca. La mujer no hizo caso, y diciendo que había sido pro-

piedad de su padre, se instaló en la hacienda. Entonces Boboleno apeló á la violencia, acudió con fuerza armada, mató á la mujer y á cuantos hombres y mujeres tenía consigo y se apoderó de las viñas y de todo lo demás que encontró. Solo algunos pocos individuos pudieron librarse de la muerte huyendo.

»En este tiempo vivía en Paris una mujer, que dijo á los habitantes: «Huid de esta ciudad, pues sabed que está destinada á ser consumida por el fuego.» Muchos se burlaron de ella, diciendo que lo había sacado de suertes que echaba ó que lo había soñado ó que tenía el tabardillo (1); pero ella dijo: «No es lo que pensáis; lo que digo es la verdad, porque ví en sueños venir de la basílica de San Vicente (2) un hombre resplandeciente que tenía en su mano un cirio, con el cual pegaba fuego á las casas de los comerciantes, una tras otra.» Tres noches despues que la mujer había dicho esto, encendió un hombre una luz al tiempo del crepúsculo para entrar en su almacén, y despues de sacar lo que quiso, aceite y otras cosas, marchóse dejando la luz junto á un barrilillo de aceite. Esta casa tocaba á la puerta de la ciudad del lado del Mediodía, y de la luz provino el incendio no solamente de la casa sino tambien de otras. Cuando el fuego llegó á la cárcel se apareció á los presos San German, que rompió las cadenas y los postes á que estaban amarrados y dejó salir á los presos sin daño alguno. Estos se refugiaron en la basílica de San Vicente, donde está el sepulcro de este santo obispo. El viento llevó el fuego á toda la ciudad, y cuando estaba en su mayor violencia, llegó cerca de la puerta opuesta de la ciudad, donde está el oratorio de San Martin, que allí se había construido porque este santo había curado en el mismo sitio con un beso á un hombre cubierto enteramente de lepra. El hombre que habitaba en este oratorio, y que lo había cubierto con ramas entretejidas, confiaba en Dios y en el poder de San Martin, tanto que dijo: «Yo creo y confío que el que tantas veces ha dicho «alto» á las llamas, que en este mismo sitio ha limpiado la piel de un leproso con un beso, apartará tambien de este sitio el incendio.» El fuego, entretanto, se acercaba: terribles llamaradas llegaban ya hasta las mismas paredes del oratorio, pero se enfriaban al tocarlas. El pueblo gritó al hombre y á su mujer: «¡Huid, desgraciados! cenizas y ascuas abrasadoras caen como granizo; salid del oratorio, si no queréis ser quemados dentro.» Los dos, sin embargo, rezaban y no se dejaban distraer por la gritaría, ni la mujer se apartó siquiera de la ventana, por la cual penetraban de cuando en cuando llamaradas en el interior, porque la fe firmísima en el poder del santo obispo le dió fuerza; y tan grande fué, en efecto, la virtud milagrosa del santo, que no solamente quedó ileso el oratorio con la casa adjunta, habitada por aquel matrimonio, sino que las llamas victoriosas tampoco causaron daño á las casas inmediatas. El incendio quedó extinguido en un lado del puente, en el cual había principiado; pero al otro lado siguió violentísimo hasta el río. El fuego respetó las iglesias con sus casas.

»Cuéntase que esta ciudad había estado desde antiguo libre de incendios, culebras y ratas; pero poco antes de ocur-

(1) Porque pronosticaba por sugestión de «los demonios del mediodía». Entendiase por esta frase una enfermedad que á veces atacaba repentinamente á las personas durante el calor del mediodía y les privaba del uso de los sentidos y del entendimiento. Se fundaba esta creencia en el salmo 91, 6, que habla de la «epidemia que devasta el mediodía». Grimm, *Mitología germánica*, II, pág. 114.—Gregorio, *Miraculo St. Martini*, IV, 36. La enfermedad mortal producida por el calor del sol al mediodía, principalmente en los que trabajaban en los campos, era considerada por los germanos como ataque de un silfo, niño ó adulto, ó de cualquier otro espíritu maligno. En este sentido se completan y corrigen las aclaraciones de Mabillon y Ruinart.

(2) Saint-Germain des Prés, en Paris.

rir la citada catástrofe, habíanse encontrado al limpiar un foso, junto al puente, una culebra y una rata de bronce que fueron llevadas á otra parte, y desde entonces se vieron allí innumerables ratas y culebras y luego se declararon también incendios en la ciudad.

»Como prueba de las innumerables artes que emplea el rey de las tinieblas para hacer mal, referiré lo que recientemente ha sucedido con ermitaños consagrados á Dios. El breton Vinoco, del cual hablamos en un libro anterior, vivió con tanta abstinencia desde que había sido ordenado sacerdote, que solo se vestía de pieles; se alimentaba de caza cruda y yerbas del campo, y cuando llevaba el jarro de vino á la boca se habría dicho que solo mojaba los labios y que no bebía; pero como los devotos le proveían liberalmente de jarros de vino, se acostumbró á beber tanto y á entregarse al vino de tal suerte, que estaba ¡cosa horrible! casi siempre borracho. Con el tiempo fué aumentándose este vicio; se apoderó de él un demonio, que con sus artes mágicas no le dejaba tranquilo en ninguna parte y le hacía coger cualquiera arma, cuchillo, palo, piedra ú otra cosa y con ella perseguía como loco furioso á la gente, hasta que fué preciso atarle y encerrarle en una celda. En este estado vivió todavía dos años, al cabo de los cuales murió.

»Anatolio de Burdeos, niño, según dicen, de solo doce años de edad, estaba de aprendiz en casa de un mercader, al cual pidió permiso para hacer vida de anacoreta; pero su amo se opuso durante mucho tiempo, creyendo que le pasaría el entusiasmo, y pensando que por su edad tampoco podría llevar á cabo su intento. Al fin cedió á los ruegos del chico y le dejó hacer lo que tan ardentemente deseaba. Había allí una iglesia subterránea antigua (cripta), abovedada y construida con mucho arte, y en un rincón de esta iglesia había una celda hecha de piedra labrada, tan reducida que apenas cabía dentro una persona sola de pié. Allí se metió el muchacho y pasó en ella ocho años ó mas contentándose con poco alimento y no haciendo mas que orar de día y de noche; pero al fin se apoderó de él un terror indecible; gritó que le atormentaban interiormente; con el auxilio, creo yo, del ejército infernal removió las piedras labradas, derribó la pared que le tenía aprisionado y torciendo las manos gritó que los santos del cielo le estaban quemando. Esta demencia duró largo tiempo y siempre clamaba por San Martín, diciendo que éste le atormentaba mas que los otros santos, por lo cual fué conducido á Tours, donde no le atormentó mas el espíritu maligno, porque en mi opinión le tuvieron sujeto la virtud y grandeza del santo. Pasó allí un año, y no padeciendo ya, regresó á la casa de su amo, donde se apoderó de él el mismo mal de que se había visto libre en Tours.»

Esto de que tal ó cual santo ó divinidad efectúan milagros en determinados lugares con preferencia á otros, es creencia que viene del antiguo paganismo romano. En tiempo de Gregorio, y menos tratándose de él, no hay que pensar que con sus relaciones de los milagros de San Martín tratase de hacer propaganda en favor de su basílica con objeto de lucro para ella y para la ciudad, si bien sin quererlo extendióse la fama del poder milagroso de su santo é hizo acudir de todas partes enfermos y afligidos en busca de salud y de consuelo.

»Vino á ver al rey Gontran una embajada de España con muchos regalos, solicitando la paz, pero los embajadores no recibieron ninguna contestación definitiva; porque en el año anterior, cuando el ejército franco hacia la guerra en la Septimania, habían sido capturados por orden de Leovigildo buques que desde la Galia se habían dirigido á Galicia. Una parte de la gente que llevaban fué muerta y otra hecha prisionera, á excepción de algunos pocos que se salvaron en

botes, y pudieron llevar la noticia del descalabro á su país. Los buques fueron destruidos y ocupado todo lo que llevaban á bordo. Juan de Biclario explica esta expedición en términos claros, diciendo: «La provincia goda de Galicia es librada de una invasión franca enemiga.» Y como el resultado de la campaña anterior había sido en extremo vergonzoso para las armas francas, se muestra aquí Leovigildo como rey discreto y muy superior á los merovingios, procurando una buena inteligencia con su vecino para ahorrar á la Septimania nuevos desastres.

»A presencia del rey Childeberto, y por su orden, fué muerto, por motivos desconocidos, Magnovaldo, á quien había mandado llamar á su palacio en Metz, cuando asistía á una corrida y lucha de un animal con una jauría de perros. Mientras todos tenían la vista fija en este espectáculo y Magnovaldo se reía con otros, el hombre encargado de matarle levantó el hacha y la hundió en la cabeza de Magnovaldo, que expiró. Su cadáver fué arrojado por la ventana y sus parientes le dieron sepultura. Todo cuanto poseía le fué arrebatado y entregado al tesoro de la corona. Muchos supusieron que el motivo de su muerte fué el cruelísimo trato que había dado á su mujer después de la muerte de su hermano para casarse con la viuda de éste, como lo hizo.»

Este es otro ejemplo instructivo de la manera de gobernar de los francos. El joven rey no desmintió su raza merovingia ni menos su familia; solo que era, si cabe, mas brutal, mas alevoso, mas hipócrita, fingido y cobarde, que su ascendiente Clodoveo. Su víctima habrá sido asesino cobarde y feroz; pero el merovingio, temiendo suscitar enemistad y conflictos con sus amigos, no se atrevió á acusarle ante la asamblea de los guerreros, en que se oían y zanjaban todos los litigios y contiendas entre los francos libres, y prefirió invitarle á una diversión y hacerle matar por detrás cuando mas divertido estaba con el espectáculo. Los demás, ante el hecho consumado, sin haber tenido tiempo de conspirar guardaron silencio y nadie pidió cuenta al rey de la muerte de su compañero.

»Nació al rey Childeberto un hijo que fué bautizado por Magnerico, obispo de Tréveris, y recibió el nombre de Teodeberto. Esta noticia causó tan grande alegría al rey Gontran que envió inmediatamente una embajada con ricos regalos á su sobrino, diciendo: «Este niño aumentará el poder del reino franco si Dios con su amor concede vida á padre é hijo.»

»En el año oncenno del rey Childeberto (en 586) vino otra embajada de España solicitando la paz, pero también hubo de volver á su país sin conseguir una contestación definitiva. Entonces Recaredo, el hijo de Leovigildo, se trasladó á Narbona; desde allí devastó algunos territorios de la Galia franca y volvió á retirarse. En este mismo año murieron muchos obispos, entre ellos también Bodegiselo (ó Baudegiselo) de Le Mans (1), que fué un déspota feroz y había despojado brutalmente á muchos de cuanto tenían sin mas motivo que su codicia. Alentaba sus instintos feroces su mujer (Magnatrudis), mas feroz que él, que le inspiraba sin cesar las iniquidades mas abominables. No pasaba día, ni instante, en que no estuviese robando á un vecino ó buscando pendencias, con que ocupaba á los jueces, para perder hoy á unos, mañana á otros; hasta con sus propias manos apaleaba á muchos, y á no pocos mató, diciendo: «¿Es decir que porque me he hecho eclesiástico no me he de vengar de los que me perjudican?» Pero ¿qué extraño que esto hiciese si tampoco tuvo consideración á sus propios hermanitos, á quienes despojó

(1) El que, según dijimos en su lugar, había sido mayordomo de palacio.

mas brutalmente que á los demás, apropiándose toda la herencia paterna y materna, sin que los despojados pudiesen jamás obtener justicia? Cinco años había sido ya obispo y para celebrarlo dió á los principales de la ciudad un banquete y la gran fiesta correspondiente, pero de resultados de los excesos que allí cometió tuvo una fiebre que le mató repentinamente cuando empezaba el sexto año de su obispado. En su lugar fué nombrado Bertran, arcediano de París. Este tuvo, como se sabe, grandes contiendas con la viuda del difunto, la cual se había quedado con los bienes que en vida de su marido habían sido donados á la Iglesia, diciendo que su marido los había ganado en el desempeño de su ministerio; pero á pesar suyo tuvo que restituirlos. Era una mujer tan malvada, que no hay palabras con que pintarla; á muchos hombres cortó ciertos miembros con la piel del vientre, y á las mujeres quemaba las partes mas secretas de su cuerpo con palastro enrojado al fuego. Otras muchas maldades horribles cometió, pero vale mas callarlas.»

Existiendo semejantes mujeres se comprende que la Iglesia se resistiera á confiar puestos eclesiásticos, y con mas razón obispados, á hombres casados, y hasta á hombres legos en general, y mas si eran francos, pues aunque cristianos no comprendían lo que significaba la religión de Cristo; pero era menester contemporizar con los bárbaros para irlos amansando en bien de la misma religión y de la Iglesia, que la representaba y guardaba.

»También murió Sabando, obispo de Arles, y ocupó su puesto Licerio, canciller del rey Gontran.»

Ya hemos visto que estos altos puestos eclesiásticos eran tan solicitados por bárbaros y romanos, ya por lo ricamente dotados, ya por la autoridad que concedían al que los ocupaba, ya por la inmunidad y relativa seguridad personal que aseguraban al beneficiado, que á pesar de los abusos mas escandalosos y las profanaciones mas abominables, un rey piadoso y creyente como Gontran no dejaba á despecho de los cánones de recompensar con ellos á sus servidores y privados mas queridos.

»Una epidemia cruel asoló entonces la Provenza, de cuyas resultas murió también Evaricio, obispo de Nimes, que tuvo por sucesor, por voluntad del rey, á Viro, descendiente de una familia senatorial romana. Otros muchos obispos pasaron este año á mejor vida, pero no les menciono porque todos dejaron en su respectiva ciudad recuerdos de su gobierno.

»Vivia en la ciudad de Tours un tal Pelagio, hombre práctico en todas las maldades, que no tenía temor á ninguna autoridad porque cuidaba de las caballerías de las haciendas del fisco, y apoyado en esto cometía hurtos, asaltos, saqueos, homicidios y muchos otros crímenes, hasta en los ríos (1). Muchas veces le hice llamar á mi presencia, y ya con palabras suaves, ya con amenazas me esforcé por hacerle abandonar sus iniquidades, pero esto me atrajo su odio, y no mejoró al hombre, como dice Salomón en los Proverbios: «Corrige al necio y cargará con su odio.» En efecto, tanto odio me cobró el desventurado, que robó, apaleó y dejó por muertos á muchos hombres de la iglesia (2), y buscó continuamente motivos de causar daño á la basílica de San Martín. Así un día cayó sobre sirvientes nuestros que traían castañas, y les mató, llevándose las vasijas. Cuando lo supe, le excluí de la comunión de la Iglesia, no para vengar la ofensa que me había hecho, sino para ver si podía hacerle cambiar de conducta; pero lo que hizo fué escoger doce

hombres para jurar con ellos que no había cometido el crimen. Yo no habría debido admitir su juramento, pero él y los vecinos de nuestra ciudad me obligaron á hacerlo. Desechando á sus testigos (3) le hice jurar y le declaré admitido otra vez en la comunidad de los fieles. Estábamos entonces en marzo; pero en julio, cuando se siegan los prados, apoderóse sin derecho alguno de un prado perteneciente á las monjas y que lindaba con el suyo; y apenas alzó la hoz para segar, se apoderó de él la fiebre y al tercer día murió. Habíase hecho construir un sepulcro en la basílica de San Martín en Candes, que fué encontrado por su familia abierto y roto, y por lo mismo enterraron á Pelagio en el pórtico de la misma basílica. Las vasijas de las castañas que había jurado no haberlas robado, fueron encontradas en su almacén y restituidas. Con esto quedó patente la virtud de Santa María, en cuya basílica el miserable había jurado en falso.»

En este ejemplo se ve la ninguna fuerza que en aquella época tenía la religión cristiana sobre la gente franco-romana. Juran en falso grupos de hombres por bagatelas en las basílicas de los santos mas temidos y venerados por sus milagros, pero del demonio y de los tormentos del infierno tienen miedo y procuran ser enterrados en una iglesia para que sus huesos estén guardados fuera del poder del demonio hasta el día del juicio final.

»Viendo Fredegunda que todo el país la señalaba como asesina del obispo Pretextato, quiso lavarse de esta acusación haciendo prender y azotar al siervo que había ejecutado sus órdenes, diciéndole: «Tú, asesino del obispo de Ruan, Pretextato, me has traído esta mala fama,» y con esto lo entregó á los sobrinos del obispo asesinado; pero cuando éstos le sometieron á la tortura, lo descubrió todo y dijo: «La reina Fredegunda me dió 100 sueldos para ejecutar el crimen, 50 el obispo Melancio y 50 el arcediano de la ciudad; además se me había prometido la libertad para mí y para mi mujer.» Cuando hubo dicho esto, uno de los sobrinos del difunto sacó la espada y mató al culpable; pero Fredegunda instaló en la sede en el puesto de Pretextato al obispo Melancio, á quien ya había nombrado antes.»

Todo esto tuvo que tolerar la Iglesia.

»Viéndose el jefe militar Bepoleno muy molesto por la reina y no tratado con los honores que le correspondían en virtud de su cargo, sino mas bien con menosprecio, se pasó al rey Gontran, que le dió la jefatura sobre las tropas de las ciudades que formaban parte de los dominios del niño Clotario, hijo de Chilperico. Allí marchó Bepoleno con fuerzas, pero los de Rennes no le admitieron (4). Dirigiéndose á Angers, cometió depredaciones innumerables, destruyendo las cosechas de trigo, heno, vino y cuanto encontró en las casas de los propietarios á donde llegó; y sin esperar á que los amos enviasen las llaves, hizo derribar las puertas. Muchos de los moradores fueron maltratados y aun muertos; hasta Domigiselo cobró miedo, pero luego se pusieron de acuerdo.»

Se ve que Gontran no había renunciado á ocupar y gobernar si no todos, á lo menos parte de los dominios de su sobrino Clotario, á cuyo fin se valía gustoso de uno de los grandes del reino de éste, disgustado de Fredegunda.

»Cuando hubo llegado á la ciudad (Angers) y estaba comiendo en compañía de muchas personas en una casa de tres pisos, rompióse el mirador donde estaban; muchos salieron heridos; Bepoleno escapó con vida, pero no por esto dejó de

(3) Para no hacerles pecar inútilmente haciéndoles jurar en falso á sabiendas.

(4) Porque los francos, queriendo ser independientes de Gontran, no estaban dispuestos á admitir un jefe enviado por éste, ni jefe ninguno.

(1) Robando, atropellando y matando á los que navegaban por el Loira, el Indre y Cher, vías fluviales entonces preferidas á las terrestres.

(2) Colonos, siervos y servidores.